

intransigente y tan terco: «tú, que todo lo comprendes...» y al decirlo lo creía ingenuamente. Pero estas ilusiones en que aquella hermosa criatura se encerraba, la dejaban en la soledad moral más completa y desprovista hasta un grado peligroso del más insignificante conocimiento de caracteres. Desconociase a sí misma, como desconocía a los demás. Necesitaba Carlota, sin saberlo ella misma, encontrar a alguien que tuviese una analogía de sentimiento con ella. Sucédiale, por ejemplo, lo advertí desde los primeros paseos que dimos juntos, ser la única en sentir verdaderamente la belleza del paisaje formado por el lago, los bosques que le rodean, los volcanes lejanos y el cielo de otoño, casi siempre más azul que el cielo de verano, por el contraste de aquel azul con el oro de las hojas, y en ocasiones tan velado y tan melancólicamente vaporoso.

»Sumergíase entonces Carlota en silencios sin causa aparente, que provenían de que su sér, demasiado conmovido, se disolvía realmente en el encanto de las cosas. Poseía Carlota en estado de instinto oscuro y de sensación inconsciente la facultad que produce en los grandes poetas y en los grandes enamorados el olvido de todo, la predisposición a abismarse por completo en lo que conmueve su corazón, ya sea un horizonte velado, ya un bosque amarillento y silencioso; ora un trozo de música que el aya toca al piano, ora la emoción de una historia conmovedora relatada en su presencia.

»No me cansaba yo en aquellos albores de nuestro conocimiento de observar el contraste, el antagonismo entre el animal de combate representado por

el conde y aquella creación llena de gracia y de dulzura que andaba con tan leve paso por las escaleras de piedra del palacio, y cuya sonrisa era tan cariñosa y tan tímida juntamente. Me atreveré a decirlo todo, ya que no escribo esto para pintarme favoreciéndome, sino para mostrarme a usted tal cual soy. No afirmaré que mi deseo de ser amado por aquella niña adorable, en cuya atmósfera comenzaba yo a encontrarme tan gozoso, no hubiese tenido por principal causa ese antagonismo entre su hermano y ella.

»Sí, acaso en mis propósitos de seducción se ocultaba la voluptuosidad cruel de humillar al soldado, al aristócrata, al creyente, ofendiéndole en lo que era para él más precioso. Sé que es horrible esto que digo, querido maestro; pero no me consideraría yo digno de ser discípulo de usted si no le diese este documento acerca del fondo más recóndito de mi corazón.

»En último resultado, este odioso matiz de mis sensaciones no sólo sería un fenómeno necesario como los demás, como la gracia novelesca de Carlota, como la sencilla energía de su hermano y como estas complicaciones mías, tan oscuras para mí mismo.

»§ IV.—PRIMERA CRISIS

»Recuerdo con toda claridad el día en que este proyecto de seducir a la hermana del conde Andrés surgió en mi cerebro, no ya como elemento de una novela fantástica sino como hecho posible, próximo, casi inmediato. Después de haber permanecido dos meses consecutivos en el palacio había yo ido a ver

a mi madre para pasar con ella las fiestas de principio de año, y no regresé a Clermont hasta que transcurrió una semana.

»Había nevado sin interrupción durante dos días. Los inviernos en nuestras montañas son crudos hasta un punto tal, que solamente la monomanía del señor de Jussat puede explicar el empeño en permanecer allí, en aquellos yermos salvajes de lava barrida constantemente por vientos huracanados. Bien es verdad que la marquesa velaba constantemente para atenuar las molestias que esto podía causar a los habitantes del palacio, cuidando de aumentar en lo posible, las comodidades del mismo y de sus inmediaciones, y es verdad también que bastantes veces a mañanas de tormentas horribles siguen allí tardes hermosísimas, como sucedió precisamente el día en que, de vuelta yo a Clermont, se fijó definitivamente en mi ánimo y tomó cuerpo mi funesta resolución.

»Vuelvo a ver aquel lago cubierto por una ligera capa de nieve, bajo la cual se adivinaba el suave movimiento del agua; veo de nuevo la extensa corriente del Cheyre, cuya blancura de nieve aparecía a trechos manchada por la lava, y completamente blanco, sin mancha alguna, elevábase aquel gigantesco circo de montañas, en tanto que el cercado de Charmont y el bosque de Rouillat proyectaban sobre el fondo blanco de nieve y azulado, la masa negra de sus abetos. Reaparecen ante mis ojos todos esos portadores insignificantes que echamos de ver apenas y que, no obstante, permanecen ocultos en no sé qué rincón de nuestra memoria.

»Sí, de este modo surge en mi alma todo aquel

paisaje, las ovejas amarillentas y oscuras apacentadas por un pastor vestido con blusa azul y cubierta la cabeza con un ancho sombrero redondo y bajo y acompañado por un perro rojo y peludo, de ojos amarillos, relucientes y muy próximos entre sí. Una chaquetilla de *astracán* encerraba el talle de Carlota; un *boa* de piel rodeando su cuello hacía que su cabeza pareciese más pequeña de lo que era en realidad y mucho más graciosa bajo la toquilla.

»En pos de largas horas de encierro forzoso en el palacio, parecía como si aquel aire vivo y puro la embriagase. Allí estábamos Carlota, su aya, la señorita Largeyx, mi discípulo y yo. Los delicados pies de la señorita de Jussat hundíanse valerosamente en la nieve, en la cual imprimían sus ligeras huellas. Los ojos de Carlota lucían con la exaltación espontánea y sencilla que experimentan los privilegiados ante la hermosura de la Naturaleza... privilegio envidiable de los corazones sencillos que no vuelve a disfrutarse cuando uno siente seca el alma con razonamientos, lecturas, lucubraciones y teorías abstractas. Caminaba yo cerca de ella, que andaba muy de prisa, y muy pronto adelantamos mucho a la señorita Largeyx, cuyos chanclos resbalaban difícilmente en el camino. El niño adelantaba unas veces, rezagándose otras, se detenía o corría con esa viveza propia de los animales jóvenes.

»Entre aquellas dos alegrías, la de Luciano y la de Carlota, poníame yo cada vez más taciturno y más sombrío. ¿Era aquello la irritación nerviosa que nos hace, en determinados momentos, repulsivas alegrías que vemos próximas a nosotros, y de las cuales no

participamos? ¿Era acaso un esbozo semiinconsciente aún, de mis planes futuros de seducción, para el cual quería yo llamar la atención de la joven por una especie de hostilidad contra su regocijo?

»Mientras duró aquel paseo, yo, que había adquirido la costumbre de hablar mucho con ella, cortaba con monosílabos las frases de asombro que pronunciaba Carlota a cada momento, como si quisiera hacerme partícipe de sus gratas impresiones. Entre callar unas veces y contestar bruscamente otras, puse tan en evidencia mi mal humor, que la señorita de Jussat acabó, a pesar de su entusiasmo, por advertirlo. Carlota me miró dos o tres veces; una pregunta estaba próxima a brotar de sus labios; pero la pobre no se atrevió a formularla. Al contacto de mi tristeza se desvaneció su alegría poco a poco. Hubo un instante en que no pudiendo dominar la impresión que esta tristeza la causaba, con una voz un poco ahogada por el temor se atrevió a preguntarme:

»—¿Está usted malo, señor Greslou?

»—No, señorita—contesté con una rudeza que debió de molestarla, porque su voz era aún más temblorosa que antes cuando me dijo:

»—Entonces alguien ha disgustado a usted; usted no está hoy como los demás días.

»—Nadie me ha disgustado ni me ha hecho nada—respondí, moviendo melancólicamente la cabeza—; pero es verdad, seguí diciendo, tengo motivos para estar triste, muy triste. Hoy es para mí aniversario de una contrariedad muy grande que no me es posible decir.

»Carlota me miró otra vez. La niña no estaba

alerta, y yo proseguía estudiando en sus ojos los movimientos que la agitaban, como pueden seguirse las idas y venidas del mecanismo de un reloj a través de una tapa de cristal. Habíala yo visto inquieta por mi actitud hasta el punto de perder repentinamente el gozo que le producía la vista de aquel hermoso paisaje. Veíala entonces condolidada al saber que no tenía yo ningún resentimiento con ella, conmovida con mis tristezas, ganosa de conocer la causa y temerosa de preguntármela. Se contentó, pues, con decirme:

»—Perdóneme usted, señor Greslou, que le haya preguntado.

»Después permaneció callada. Aquellos pocos minutos bastaban para revelarme el sitio que ocupaba yo en el corazón de aquella niña. ¡Oh!, ante la manifestación de aquel noble y delicado interés habría yo debido avergonzarme de mi mentira... porque mentira era, mentira improvisada por mí, aquello de la gran contrariedad cuyo aniversario me entristecía. ¿Por qué imaginé aquella embustería? ¿Fue por vanidad? ¿Cedí a mi constante aspiración a la duplicidad de mi sér? ¿Pensé en que aquella aureola de desventura y desengaño podría favorecer la realización de mis planes...? Hoy mismo no acierto a contestar con certeza a esas preguntas.

»Seguramente no preví con exactitud, ni el efecto producido por mi tristeza fingida, ni el de mi indigna fábula; pero recuerdo que no bien lo hube advertido, una resolución inquebrantable nació en mi espíritu: la de continuar hasta el fin y ver lo que yo producía en el alma de aquella niña, prosiguiendo, a conciencia y con premeditación, la comedia casi instintiva

comenzada en aquella hermosísima tarde de Enero, ante la magnificencia de un paisaje que debería haber servido de teatro a más nobles ensueños.

»Hoy, cuando se ha realizado ya lo que es irreparable, comprendo, por una penetración retrospectiva y horriblemente dolorosa, porque me convence a mí mismo de que procedí con torpeza y con crueldad juntamente; que yo había inspirado desde luego a Carlota el más verdadero y también el más tierno de los sentimientos. Toda la diplomacia psicológica a que me consagré, fué, por lo tanto, el ridículo y odioso trabajo del aprendiz en la ciencia del corazón. Hubiérame bastado dejarme llevar por los sucesos para conocer, para gustar de las emociones de que yo estaba sediento, para vivir vida sentimental amplificadas y exaltadas hasta igualar mi vida intelectual. En vez de esto paralicé los movimientos del corazón abrumándole con ideas. Traté de conquistar un alma que estaba ya conquistada; jugar una partida de ajedrez donde habría bastado proceder sencillamente, y ahora ni tengo siquiera el consuelo vanidoso de decirme a mí mismo que, a lo menos, he dirigido a mi antojo el drama de mi destino; que he combinado las escenas, provocado los episodios, conducido la intriga. Representábase y se realizaba por completo en la señorita de Jussat este drama, en que la muerte y el amor, los dos fieles obreros de la implacable Naturaleza, obrando sin orden mía y como burlándose de lo complicado de mis análisis.

»Carlota ha muerto desesperada cuando a la luz de una explicación trágica me ha visto en mi verdadera naturaleza. Entonces le he causado horror, y ella me

ha dado la prueba más convincente de que mis sutiles reflexiones ninguna influencia han ejercido sobre ella. Carlota me ha amado, es cierto; pero por causas y razones muy diferentes de las que mi cándida psicología había amontonado. Había yo creído resolver en este amor un problema de mecánica mental.

»¡Ay! En él pude encontrar, y no sentí su encanto, una profunda y suave ternura. ¿Por qué no adiviné entonces lo que ahora veo con la claridad de la más cruel evidencia? Extraviada por las tendencias novelescas de su espíritu ¡eran tan natural que aquella pobre niña se engañase con respecto a mí! Mis penosos y largos estudios habíanme dado ese aire de sufrimiento que interesará siempre a la mujer que sea verdaderamente mujer.

»La educación al lado de mi madre me había hecho adquirir modales dulces, finura en los ademanes y suavidad en la voz y cierto meticuloso cuidado de mi persona, que excusaban y hacían olvidar mis torpezas y mis ignorancias. Además de esto, yo había sido presentado por aquel maestro viejo, amigo de mi padre, y que me había recomendado como un joven de ideas elevadas y de carácter muy noble. Con esto había más que suficiente para que una muchacha tan sensible se interesase por mí de un modo extraordinario.

»Pues bien: así que hube advertido aquel interés, en el paseo del cual ya he hablado, me propuse abusar de esos sentimientos de Carlota en vez de comoverme con ellos. Quien en la noche que siguió a la tarde aquella me hubiese visto en mi cuarto, solo y sentado a la mesa, escribiendo un abultado libro

de análisis relativo a mi persona, no hubiera creído que estaba allí un joven de veintidós años apenas, meditando acerca de los sentimientos que él inspiraba a una doncella de veinte... El palacio dormía. Oíase únicamente el paso del criado que apagaba las lámparas de escaleras y de corredores. El viento rodeaba el vasto edificio con sus gemidos, ya quejumbrosos, ya iracundos. En aquellas alturas, el viento oeste es terrible; ocasiones hay en que su potente sople arranca toda la pizarra de un tejado. Siempre estas lamentaciones del aire han acrecentado en mi alma el sentimiento de soledad interior. En mi chimenea ardían apaciblemente algunos troncos, y yo escribía en el cuaderno (que eché al fuego antes de ser preso) la relación de mi aventura y el programa de la experiencia que me proponía yo intentar sobre el ánimo de Carlota. Había yo vuelto a copiar el párrafo que acerca de la compasión hay en el hermoso libro de usted: *Teoría de las pasiones*; ya lo recuerda usted, querido maestro, en el párrafo que comienza: «Existe en este fenómeno de la compasión un elemento físico, y que, muy especialmente en la mujer, »toca los confines de la emoción sexual.» También por la compasión me proponía yo imponerme, desde luego, a Carlota. Quería yo aprovechar la primera mentira con que la había conmovido, enlazarla con una serie de embustes y concluir haciéndome amar, consiguiendo antes ser compadecido. En tanto que redactaba yo aquel plan de seducción apoyándolo en textos filosóficos, me imaginaba lo que habría pensado el conde Andrés si hubiese podido, como en las antiguas leyendas, desde del pueblo donde se hallaba

de guarnición, descifrar las palabras trazadas por mi pluma. Al propio tiempo, la sola idea de dirigir a mi antojo las ruedas sutiles de un cerebro femenino, todo aquel mecanismo de relojería intelectual y sentimental tan complicado y tan tenue, me impulsaba a compararme con Claudio Bernard, con Pasteur y con sus discípulos. Estos sabios se consagran a la *vivisección* de animales. ¿No tenía yo el propósito de llevar a cabo con todo detenimiento la vivisección de un alma?

»Para obtener de aquel efecto de compasión, antes que provocado sorprendido, todo el resultado preciso, tratábase únicamente, por de pronto, de prolongarle. Con tal intención determiné proseguir por cálculo la comedia de tristeza comenzada por casualidad y disponerlo todo para el día, más o menos lejano, de una explicación, una novela larga y conmovedora de falsas confidencias. Proseguí, pues echándola de triste, no ya en presencia de Carlota, sino también cuando dábamos la lección mi discípulo y yo, en la seguridad de que el niño se apresuraría a contar a su hermana lo que durante las lecciones hacía yo o decía; ¿tenía yo necesidad de haber mezclado a este niño, que me habían confiado, en esta triste intriga? ¿Por qué agregar esta astucia a las otras, siendo así que Carlota ni había pensado por un momento en poner en duda mi buena fe?

»Por un capricho extraño de la conciencia cifraba yo mi orgullo en multiplicar las complicaciones del lazo tendido a Carlota. Luciano y yo dábamos nuestra lección en una pieza bastante grande, adornada con el pomposo título de *biblioteca* por tener una

anaquelería que ocupaba uno de los lienzos de la pared. En esos anaqueles y detrás de la rejilla, cubierta con una tela verde, estaban amontonados muchos libros encuadernados en badana, y principalmente una colección de *La Enciclopedia*.

»Era aquello una herencia del fundador del castillo, gran señor y filósofo que se había hecho labrar aquella habitación en medio de un sitio agreste para educar a sus dos hijos en la naturaleza y con sujeción a los preceptos del *Emilio*. El retrato de aquel aristócrata librepensador, una pintura por cierto muy mediana, cubierta de polvo y ostentando una sonrisa escéptica y sensible a la vez, adornaba uno de los lados de la puerta; en el otro lado veíase el retrato de la esposa del aristócrata, coqueta aún, bajo un peinado dificultoso y altísimo y con lunares pintados en las mejillas. Miraba yo alternativamente uno y otro retrato, mientras Luciano traducía algunos pasajes de Ovidio o de Tito Livio, y me preguntaba yo a mí mismo qué harían mis abuelos durante los años del siglo anterior, en aquellos años en que habían vivido los dos personajes que ambos retratos representaban.

»Veía yo a aquellos ganapanes, a aquellos plebeyos, de los cuales yo procedía, guiando el arado, podando viñas, cavando la tierra en las llanuras brumosas de Lorena, muy parecidos a los aldeanos que, en todo tiempo, pasaban por el camino y delante de las puertas de palacio, y que, calzados hasta más arriba de las rodillas, arrastraban un palo de hierro sujeto a su muñeca con una correa.

»Esta imagen prestaba a mis propósitos y a mis

engaños el atractivo de una especie de venganza.

»¡Cosa extraña! Aunque detestase yo, como en efecto detestaba, en teoría las doctrinas de la revolución y el espiritualismo vergonzante que detrás de ellas se oculta, ¿encontrábame plebeyo en mi alegría profunda cuando pensaba que el descendiente de aquellos pobres labradores llegaría tal vez a seducir a la nieta de aquellos aristócratas con la sola fuerza de mi pensamiento? De todas suertes, y sea de todo esto lo que quiera, continué fingiéndome triste delante de Luciano que, tomando mi tristeza por severidad y mi silencio por enfado, se atrevió a preguntarme:

»—¿Está usted anojado conmigo, señor Greslou?

»—No, hijo mío—respondí acariciando con mis manos su fresca mejilla. Y continué más triste que antes.

»Entretanto, las nieves y los huracanes habían comenzado de nuevo, con que era casi imposible salir del castillo y reinaba en sus templadas habitaciones el silencioso encanto de la intimidad; advertíase allí como una muerte lejana de todos los ruidos del monte, mientras los vidrios de las ventanas, cubiertos de hielo exteriormente y por dentro de vapor de agua, apenas dejaban paso, como a través de espeso humo, a una luz suavísima, como enferma. Producían todas estas circunstancias un fondo de misterio muy adecuado para la figura de melancolía que yo me arreglaba diariamente y que procuraba imponer a la observación de Carlota las varias veces que durante cada día nos habíamos de encontrar. Cuando la campana del desayuno nos reunía en el comedor, sorprendía yo en los ojos que ella fijaba

en mi rostro la misma curiosidad tímida y compasiva observada en aquel paseo en que inicié yo lo que nombraba en mi diario *La entrada en el laboratorio*. Idénticas miradas me dirigían sus ojos cuando volvíamos a reunirnos todos, sentados en el salón, a la hora de tomar el té al resplandor de las primeras lámparas, y después a la hora de comer y, por último, en las largas soledades de las veladas, a menos que so pretexto de concluir un trabajo me retirase yo antes que los otros. La monotonía de la existencia y de los sucesos era tal y tan grande, que nada auxiliaba a la desdichada Carlota para desechar aquella impresión de enigma conmovedor que yo le ofrecía constantemente. El marqués, presa de uno de esos contrastes, casi insensatos, de su carácter desigual, maldecía su funesta resolución de permanecer tanto tiempo en aquel aislamiento. Para cuando el tiempo mejorase anunciaba el marqués la marcha de aquellos sitios, marcha que harto comprendía él que sería imposible. Habría sido demasiado cara y además ¿adónde ir? Después, y cuando perdía la esperanza de que fuesen a visitarle algunos de sus amigos de Clermont, sentábase a la mesa de jugar, con su hija, mientras la marquesa, el aya y la religiosa hacían alguna de sus labores interminables.

»Yo estaba encargado de vigilar a Luciano, que hojeaba algún libro de estampas o jugaba con cualquier *rompecabezas*. Procuraba yo colocarme de modo que Carlota, al levantar sus ojos de las cartas, tuviese por precisión el verme. Algo había yo estudiado de *hinoptismo* y había leído sobre todo muy detenidamente en el libro de usted *Anatomía de la*

voluntad, el capítulo dedicado a los fenómenos singulares de ciertas dominaciones morales, a las que usted da el nombre de *Semisugestiones*. Así esperaba yo dominar aquella cabeza desocupada hasta el instante propicio en que, para completar mi trabajo cotidiano, me decidiese yo a referirle una historia con la cual, justificando mis tristezas y explicando mis actitudes, acabase de apoderarme de aquella imaginación que ya consideraba yo bastante perturbada.

»Había yo dispuesto y aderezado la tal historia ajustándome a dos principios que usted, mi querido maestro, asienta en su precioso capítulo sobre el *Amor*. Ese capítulo, los teoremas de la *Ética* sobre las pasiones, el libro de M. Ribot acerca de las *Enfermedades de la voluntad*, habían sido mis breviaros. Permítame usted que le recuerde esos dos principios, al menos en lo esencial: es el primero, que la mayoría de los seres sólo tienen sentimientos por imitación; abandonados libremente a la naturaleza, el amor, por ejemplo, sería para ellos como es para los demás animales un instinto sensual, un deseo desvanecido inmediatamente después de satisfecho; es el segundo, que los celos pueden existir antes que el amor; por lo tanto, lo crean algunas veces y otras sobreviven a él. Impresionado por la exactitud de aquellas dos observaciones, habíame yo dicho que la novela aparejada para ser referida a la señorita de Jussat, debía, a un tiempo mismo, excitar su imaginación y herir su orgullo. Había yo conseguido tocar en su alma la cuerda de la compasión y quería tocar simultáneamente las de la emulación sentimental y del amor propio. La ocasión de referir aquella histo-

ria me fué ofrecida por Carlota misma unos quince días después de haber yo comenzado a preparar mi novela, que proseguí yo denominando con orgullo mi experimento. Ocurrió que el marqués, leyendo un periódico después de almorzar, encontró un artículo sobre un juego recién inventado, y con motivo del cual el articulista insertaba una relación de muchos otros juegos ya pasados de moda. Pensó entonces el señor de Jussat que en *La Enciclopedia* había un tomo consagrado a los juegos de cartas; quiso que le buscasen inmediatamente, y como los caprichos del marqués no admitían aplazamiento, subió Carlota a la *biblioteca*, donde me encontré trabajando, trabajo que dejé para ponerme a sus órdenes en la busca de aquel libro. Carlota, con su graciosa sonrisa de siempre, me dijo:

»—Espero que en este libro hemos de encontrar algún juego en el cual pueda usted tomar parte con nosotros... Tememos que se aburra usted aquí, ¡está usted tan triste siempre!»

»Juzgué que había llegado el momento de referir la historia y comencé a decir:

»—¡Ah, señorita! ¡Si usted conociese mi vida!

»Si Carlota no hubiese sido, como lo era, a pesar de sus dos o tres viajes a París, una criatura crédula, una niña novelesca, habría conocido de seguro que comenzaba yo una relación preparada de antemano solamente con oír aquel principio y advertir la labor de las frases con que proseguí. Al pronunciarlas, a mí mismo me parecían torpes y premiosas. No me detuve, sin embargo, y conté lo que me había propuesto de un amor con una niña extranjera, rusa

que me abandonó por casarse con un viejo muy rico. Carlota me escuchaba atentamente, y cuando hube concluido, se contentó con decirme con afectada frialdad:

»—No comprendo cómo pudo usted confiar en aquella joven que escuchaba a usted sin el conocimiento de sus padres.

»Y pronunciadas estas palabras, se retiró. Era yo todavía demasiado inexperto y muy novicio en el estudio del corazón de la mujer para traducir en mi favor, como ahora lo hago, aquella actitud de Carlota, a la cual consideré entonces perdida para mí para siempre.

»Esta convicción mía de que mi proyecto de seducción habíase fracasado en la primera escaramuza aumentó y tomó consistencia grande en los días que siguieron inmediatamente a mis falsas confianzas. Carlota apenas me dirigía la palabra. He sabido después, por confesión de ella misma, que pretendía disimular con su fingida frialdad una creciente turbación que la desconcertaba por lo nueva, por lo fuerte y por lo profunda.

»Yo ignoraba esto, yo no comprendía nada de esto, solamente sabía que mis proyectos habían fracasado y esto me hacía más cruel a medida que más me hechizaba la inocencia ingenua de aquella niña. Para decirlo de una vez, comenzaba yo a experimentar en la atmósfera de Carlota emociones de un orden más sensual que psicológico. Era yo joven y tenía en mi carne, a pesar de mis resoluciones de filósofo, aquella memoria del sexo cuyas persistencias fatales y

cuyas resurrecciones invencibles tan admirablemente ha analizado usted en sus libros.

»El animal impuro, injerto en mí sobre el animal *pensante*, para emplear una de las metáforas de usted, merced a mis experimentos voluptuosos, estremeciase al crujido de aquella bata de mujer scltera. La suavidad de su rostro, la dulzura de sus gestos, su pie apareciendo al extremo de la falda, su seno naciente, que se adivinaba a través de la tela de su corpiño; su nuca rubia, los cabellos levantados y recogidos con suma sencillez sobre la cabeza, un lunarcito obscuro que tenía próximo a la fresquísima boca, todas las perfecciones de su persona física, levantaban en mí un deseo vago y casi doloroso. Habíame apercibido para seducirla y era yo el que había sido seducido. Usted, que tan admirablemente ha señalado el elemento de odio feroz que rodea el apetito sexual, comprenderá también que aquellas irritaciones del deseo iban acompañadas casi siempre de un furor salvaje contra aquella fisonomía seductora, inmóvil siempre en su soñadora frialdad, y que tan honda turbación producía en mi alma, sin que pareciese notarlo siquiera.

»En esta situación insoportable estuvimos bastante tiempo. Carlota y yo debíamos indudablemente aprovechar la primera ocasión que se nos presentase, ella para abandonarse a su amor, tanto más peligroso cuanto menos lo conocía ella misma; yo para comenzar nuevamente mi experimento interrumpido. He aquí de qué modo se me presentó esta ocasión: Sucedió una tarde, que el marqués, muy próximo a la chimenea, envuelto en la bata con que abrigaba, a

veces durante todo el día, su enfermedad imaginaria, hablaba a su esposa muy extensamente de cierto artículo que se había publicado en el periódico de la mañana. Tratábase de una fiesta dada por unos conocidos suyos. Tenía yo, a la sazón, en la mano, el periódico de que se hablaba, y notándolo el señor de Jussat, me dijo:

»—¡Si nos leyera usted ese artículo, señor de Greslou!

»Admiré yo entonces, una vez más, allá, en mi fuero interno, el arte con que aquel *gran señor* convertía en insolencias las peticiones más insignificantes. Solamente el tono del anciano me había herido. Obedecí, no obstante, y comencé a leer aquella «crónica», mucho mejor escrita de lo que ordinariamente lo están trabajos de esa índole.

»Durante aquella lectura, el marqués me miraba como admirado. Necesito decir a usted, querido maestro, que, en la época de mi amistad con Emilio, había adquirido yo verdadera habilidad para la lectura. Durante su larga enfermedad no había para aquel amiguito mío placer mayor que el de oírme leer algún trozo de nuestros autores predilectos. Mi voz es naturalmente algo sorda; pero ya me había ejercitado en hacerla suave y clara.

»—Lee usted bien, muy bien—exclamó el señor de Jussat, luego que hube terminado—. Su asombro vino a convertir el elogio en una nueva ofensa a mi amor propio. Esa admiración del marqués dejaba ver muy elocuentemente lo ajeno que él estaba de hallar mérito alguno, ni aun el de leer, en un muchacho de Clermont, silencioso, tímido, llegado al palacio por